



Circuit Estable de **Cinema Català**

CRÍTiques DELS MITJANS DE COMUNICACIÓ DE LA PEL·LÍCULA "LA VAMPIRA DE BARCELONA"

EL PERIÓDICO – Quim Casas

'La vampira de Barcelona': el bajo vientre barcelonés

Lluís Danés coloca a Enriqueta Martí como motor de los acontecimientos, pero no conductor de los mismos, en una recreación plástica y moral de la época

Convertida en vampira –como Peter Kürten, el asesino en serie alemán conocido como ‘El vampiro de Düsseldorf’– sin serlo, Enriqueta Martí ilustra como ninguna otra la historia criminal de la Barcelona de la década de 1910.

El personaje en sí mismo, y aún más el contexto de aquella Barcelona tan burguesa como canalla, da mucho juego. Reciente el cómic sobre el mismo tema y con idéntico título, del que la película hereda ciertas soluciones formales, ‘La vampira de Barcelona’ se acoge también a la estructura e ideario de ‘From hell’, el cómic de Alan Moore que jugaba con la posible identidad de Jack el destripador.

El Londres victoriano y la Barcelona post-Semana Trágica son intercambiables, sobre todo en sus callejuelas de adoquines húmedos de los bajos fondos, allí donde anida el deseo y la corrupción. El filme realizado por Lluís Danés incide en esta línea, colocando a la supuesta vampira barcelonesa como personaje motor de los acontecimientos, pero no conductor de los mismos.

Se trata, en esencia, de una recreación plástica y moral de la época, rodada en blanco y negro digital salpicado de aisladas motas de color. Enriqueta es la supuesta asesina, pero el trazado narrativo y emocional le pertenece a un periodista obsesionado con el caso y con ese bajo vientre barcelonés en el que las perversiones burguesas campan a sus anchas.

EL PAIS – Javier Ocaña

La miseria moral

Una obra ambiciosa, a veces grandilocuente, que siempre fructifica con valentía y con singularidad para contar unos hechos de 1912

En la personalidad de Enriqueta Martí se hace carne aquel eslogan de la mítica serie de Televisión Española La huella del crimen: “La historia de un país es también la historia de sus crímenes”. Y, sin embargo, pese a que en su fondo la historia de la llamada Vampira del Raval —acusada de secuestro de niños, proxenetismo y de asesinatos en serie en la Barcelona de 1912, en los años inmediatamente posteriores a la Semana Trágica— entroncaría a la perfección con el espíritu de la serie de Pedro Costa, cuán distinta es la aproximación formal de Lluís Danés en La vampira de Barcelona, estrenada en el festival de Sitges, donde obtuvo el Premio del Público.

En los mejores episodios de La huella del crimen, hiperrealistas y desde el punto de vista de los asesinos, se podía oler la indigencia del país, la pobreza, la suciedad, la degradación moral de los de arriba tanto o más que la de los de abajo. En La vampira de Barcelona, Danés ha optado por virar el punto de vista hacia un periodista que investiga el caso, y sobre todo ha elegido un evidente distanciamiento de la podredumbre a pie de calle a través de distintos fundamentos estilísticos: el blanco y negro; apariciones puntuales del color, con predominio del rojo, a veces en secuencias completas, otras en elementos concretos del plano en blanco y negro; fragmentos relacionados con el onirismo, producto de la adicción a la morfina del periodista, culminados con cortísimas animaciones para enlazar secuencias; despojamiento en ciertos decorados de interior; ralentís; cierto expresionismo y hasta surrealismo, en apariencia ligados a la obra de David Lynch, el de El hombre elefante en el primer caso, y el de Twin Peaks en el segundo.

El resultado es una obra ambiciosa, a veces grandilocuente, y que quizá no alcance el arte que pretende, pero que siempre fructifica con valentía y con singularidad. Además, la película en todo momento va hacia arriba, hasta desembocar en un último tramo donde brotan con coraje las intenciones sociales y políticas, desmitificadoras de la leyenda, en torno a la relación de los secuestros con las altas esferas del poder y la prostitución. La historia de un país es también la de su miseria moral.

FOTOGRAMAS – Ricardo Rosado

Para revisionistas históricos sin miedo al protocine digital.

Lo mejor: Su riesgo formal para reescribir un relato con ecos presentes.

Lo peor: Lo poco que hemos cambiado en cien años.

A principios del siglo XX, el secuestro de Teresita Guitart, hija de una familia de clase alta, obligó a las autoridades barcelonesas a tomarse en serio la desaparición de multitud de niños de familias menos pudientes. Así nació la leyenda de Enriqueta Martí, La Vampira del Raval, responsable del rapto de aquella niña y cabeza de turco para una prensa ávida de historia negra. Lluís Arcarazo y María Jaén, autores del guion del estreno en pantalla grande de Lluís Danés, desmontan en su libreto la versión oficial que ocultó la podredumbre de la burguesía tras la

exposición de una única abominación de las que paseaban por sus calles. Con un atrevido riesgo formal, el realizador juega con ilusiones similares a las de su trama, mezclando propuestas físicas y digitales, abandonando a ratos el blanco y negro y jugando con cuidadas escenografías teatrales para sumergirnos en un relato que juega al borde del abismo. El espectador decidirá si disfrutar de la función o precipitarse al vacío.

CINE MALDITO - Alex P. Lascort

La vampira de Barcelona, o La vampira del Raval fue el mal sobrenombre que se le dio a Enriqueta Martí. Durante mucho tiempo convertida en un icono popular de resonancias casi sobrenaturales. Mi abuela, por ejemplo, me contaba que a ella de pequeña la reñían si salía sola a ciertas horas con la amenaza de que podría volver la Vampira y llevársela. Y es que Enriqueta fue un personaje acusado de secuestrar niños, matarlos, comerlos y beber su sangre. Un ejemplo de maldad absoluta elevado a figura de terror para niños. Posiblemente, el film de Lluís Danés se resiente en cierta manera de no utilizar esta leyenda urbana, por así decirlo, y, en lugar de crear un film de terror gótico catalán decide entrar en el asunto por la vía de la investigación procesal y por el retrato de la sociedad catalana de la época.

No se puede negar que estamos ante un film cuya apuesta visual resulta acertada. Combinando el blanco y negro contrastado con imágenes de papel maché y el uso del rojo como metáfora de contraste (aunque quizás se abuse demasiado de ello) se crea una puesta en escena que, aunque pueda traer demasiadas influencias a la memoria (Dreyer, el Drácula de Coppola y hasta Sin City), conforma una ingeniería visual más que convincente que nos sitúa de pleno en la realidad de la Barcelona de principios del Siglo XX.

No obstante, el film se resiente en demasía de un guión muy teatralizado y centrado en una investigación que, por otra parte, tampoco resulta lo suficientemente atractiva. Al final Enriqueta acaba siendo una especie de excusa temática para hablar de lo que al director realmente le interesa: el abuso de poder de las clases dominantes. Un tema que, aunque bien reflejado en lo que respecta al abuso de poder y la alianza de los poderes fácticos (Policía, prensa, jueces, burguesía, políticos...), acaba siendo muy superficial, incluso a veces incoherente con la lógica interna del film, precipitada y algo chapucera. Si a esto le sumamos una dirección de actores un tanto impersonal, con interpretaciones algo planas y declamaciones televisivas, el resultado final acaba por parecer más una «TV movie» que un producto con verdaderas aspiraciones cinematográficas.

Enriqueta pues, acaba siendo mostrada como lo que en realidad parece ser que fue, una mujer perturbada usada como cabeza de turco para encubrir algo más turbio. Con ello no decimos que el film no deba ceñirse a la realidad, pero ahí había material para, como decíamos al principio, sembrar dudas, crear terror mitológico o incluso ahondar en el comentario social convirtiendo a Enriqueta en un símbolo con un cariz feminista reivindicable.

Por todo ello La vampira de Barcelona acaba siendo un film bonito, bien realizado, con ideas visuales más que interesantes, pero que adolece de rutina y planicie en su desarrollo. Una pena teniendo en cuenta que contaba con un material de base lo suficientemente potente como para realizar un producto algo más arriesgado. O como decía John Ford: Si hay que escoger entre la verdad o la leyenda, quédate siempre con la leyenda.

LA VANGUARDIA – Astrid Meseguer

Lluís Danés: “La vampira del Raval fue una cabeza de turco para tapar a los verdaderos monstruos”

El cineasta presenta a concurso ‘La vampira de Barcelona’, en la que redime a Enriqueta Martí, acusada de asesinar a niños a principios del siglo XX

El escenógrafo y director catalán Lluís Danés acababa de rodar el documental La revolta permanent (2006) y tenía ganas de hacer una ficción en la que la estética se pusiera al servicio de la ética y en la que pudiera aportar su granito de arena cuando llegó a sus manos el proyecto de La vampira de Barcelona, película que ha estrenado este viernes en el festival de Sitges, donde compite en la sección oficial. Fue durante una comida cuando el guionista Lluís Arcarazo le pasó un texto inacabado de una historia que desconocía. Era la de Enriqueta Martí, conocida popularmente como La vampira del Raval, una supuesta asesina en serie de niños en la Barcelona de comienzos del siglo XX.

El guion pasó por un total de catorce versiones y se acabó nutriendo de artículos de prensa de la época y especialmente del libro Desmontando el caso de la vampira del Raval, de Elsa Plaza. “Ha sido un viaje muy largo de once años en el que ha tenido lugar una corriente revisionista positiva del caso”, comenta Danés a La Vanguardia. “La mala mujer que representa Enriqueta Martí parte de un tiempo de miseria y de un tiempo que todavía está muy vigente en el que ser mujer, pobre, prostituta, curandera y débil -Martí estaba enferma de cáncer de útero-, reunía todos los requisitos para convertirse en una bruja de cuento”.

No quiero decir que fuera una santa pero solo se ha podido demostrar que retuvo en su casa durante 17 días a Teresita Guitart ”

Danés ha intentado redimirla en un filme basado en hechos reales “con muchas licencias en favor del espectáculo” que pone en duda todas las atrocidades de las que se acusó sin juicio a Martí, que murió en la cárcel. “No quiero decir que fuera una santa, pero la única cosa que se ha podido demostrar, y hay documentos, es que retuvo en su casa durante 17 días a una niña de cinco años de la burguesía, Teresita Guitart, a la que le cortó el pelo”. La misma semana del rapto se descubrió un prostíbulo infantil en el Raval, una trama que contaba con la complicidad de la policía.

Para Danés, Enriqueta fue claramente una “cabeza de turco para tapar a los verdaderos monstruos, que son aquellos que crean a los monstruos de cuento”, y que quedan bien reflejados en el filme: el poder judicial, policial y el mediático, que en aquella época comenzaba a tener una fuerza brutal y manipuladora”. Por ello, ve claros paralelismos entre los vampiros que desfilan por el relato y los actuales, que “no chupan sangre pero chupan la vida encerrando en prisión a gente inocente aquí y en todo el mundo”. El cineasta insiste en que no nos podemos fiar de lo que nos cuentan, “a veces nos resulta mucho más fácil como espectadores creernos que el malo está controlado en vez de cuestionarnos el star system del terror. No podemos bajar la guardia”.

La vampira de Barcelona sigue los pasos de Sebastià Comas, un periodista interpretado por Roger Casamajor, al que le encargan cubrir el caso y la va a visitar a la cárcel para hacerle unas fotografías. Cuando todas las miradas apuntan sin dudar a Enriqueta -excelente Nora Navas-, él se da cuenta que esa mujer enferma no es una bruja, sino una mujer con problemas mentales. La truculenta historia le lleva a revivir una tragedia del pasado que le impide conciliar el sueño y topará con todas las trabas posibles en su lucha por destapar la verdad.

La película cuenta con una puesta en escena muy original, con decorados que son como un personaje más y que se construyeron expresamente para recrear interiores y exteriores que han ido mutando para dar vida tanto al mundo oscuro, sucio e incómodo de ese barrio del Raval de 1912 en blanco y negro como el color que representa la burguesía de la época. Y, en medio, un prostíbulo que ejerce de nexo de esos dos universos contrapuestos. Con ello, Danés ha dibujado “una sociedad barcelonesa absolutamente polarizada entre la pervertida burguesía y la miseria de un barrio cerrado entre muros, sin agua corriente ni electricidad, convertida en la caldera de vapor de una ciudad a la que recaló Martí procedente de Sant Feliu de Llobregat.

Danés, que ha dedicado el filme a su padre, fallecido de Covid, dice que está ilusionado de traer su película al festival y que es toda una casualidad que este año Sitges celebre el centenario de El gabinete del Doctor Caligari y los cuarenta de El hombre elefante, de David Lynch, dos referentes que tuvo en cuenta para crear su película. Y otra feliz coincidencia es la fecha de estreno en cines de La vampira de Barcelona, el 20 de noviembre, “un día muy significativo y lleno de esperanza porque fue el día en que dejaron morir a un dictador en la cama. Siempre que muera el fascismo es un buen día para estrenar”, concluye.

CINEUROPA - Alfonso Rivera

El film histórico de Lluís Danés, premio del público en Sitges, destaca por su creativa puesta en escena y por su denuncia de pretéritos abusos clasistas

Compitió en la Sección Oficial del 53º Festival de Sitges, que se clausuró este pasado fin de semana, La vampira de Barcelona [+], de Lluís Danés, título que se alzó con el premio del público a la mejor película del certamen. Basado en hechos reales y legendarios, el largometraje –de corte histórico, pero de artística y osada narrativa– demuestra que las cortinas de humo llevan más tiempo ocultando las verdades de lo que pudiéramos imaginar.

El guion de Lluís A. Martínez (Salvador (Puig Antich) [+]) y María Jaén (La fuerza de un silencio) traslada su acción a la Ciudad Condal de 1912: mientras una clase social se va enriqueciendo con los avances industriales, otra gran parte de la vecindad se pudre en la miseria. La desaparición de una niña rica hace saltar las alarmas policiales y un periodista, adicto a la morfina y que carga con un trauma familiar (encarnado por Roger Casamajor), comenzará una investigación que le llevará a un burdel del barrio de El Raval, donde se comenten atrocidades innombrables.

Cuento gótico de terror, La vampira de Barcelona reconstruye en un gran estudio de cine aquel ambiente malsano, clasista y tenebroso de comienzos del siglo XX, con un formidable trabajo de iluminación, ambientación y vestuario (diseñado por Mercè Paloma), absolutamente supeditado a crear una atmósfera de pesadilla laberíntica. Todo ello acentuado por un uso sorprendente de la animación en ciertos momentos, el blanco y negro, las sombras y los colores intensamente saturados (gentileza de Josep María Civit, que también estuvo en Sitges con su labor en Baby [+], de Juanma Bajo Ulloa), construyendo así un gran fresco que, según ha manifestado su director, se basa en trabajos pictóricos de Ramón Casas, Francesc Masriera y Santiago Rusiñol.

De este modo, una crónica de sucesos se despliega ante los ojos del espectador como uno de esos libros para niños que van descubriendo su naturaleza tridimensional según se pasan sus

páginas, en este caso sus creativas secuencias, algunas de gran –y a la vez terrible– belleza. Mientras esta película –que recuerda en temática y aroma a La parada de los monstruos (Freaks), de Tod Browning; El hombre elefante, de David Lynch; La pequeña, de Louis Malle, y Asesinato por decreto, de Bob Clark– denuncia que el sensacionalismo mediático y la explotación del morbo se inventaron para distraer al pueblo de los abusos de los poderosos.

Lluís Danés (Arenys de Mar, 1972) demuestra así manejar con solvencia distintas disciplinas artísticas, destacando en la dirección teatral, aunque también dirigió películas y programas para la televisión, varios documentales y Llach: la revuelta permanente (2006), que llegó a la cartelera. Completan el reparto de este oscuro episodio de la historia de la capital catalana formidables intérpretes como Nora Navas, Sergi López, Carla Cusí, Pablo Derqui, Mario Gas, Nuria Prins y Francesc Orella.

CINE CON Ñ - Edurne Larumbe Villarreal

La vampira de Barcelona: Blanco, rojo y negro

Una película con factores estéticos reseñables y que se queda sin profundizar sobre Enriqueta Martí

A través de los ojos de Sebastiá Comas vemos la Barcelona de principios del siglo XX, dónde el contraste entre la ciudad burguesa del modernismo y los bajos fondos de pobreza y suciedad es aberrante. Cuando secuestran a una niña de una familia pudiente, las autoridades barcelonesas se ven obligadas a tomarse en serio el resto de desapariciones de niños, cuyas pesquisas llevan hasta Enriqueta Martí, quien entonces será bautizada como la Vampira del Raval (la Vampira de Barcelona del título). Sebastiá, que es uno de los periodistas encargados de cubrir la noticia, lleva a cabo su propia investigación, cuyos descubrimientos lo llevan hasta las más altas esferas de la sociedad, poniendo de entredicho la culpabilidad de Enriqueta.

El director Lluís Danés, que recibió con esta película el Premio del Público en el Festival de Sitges, toma la decisión de hacer que todo lo que vemos sea a ojos de su protagonista, incluida a la propia Enriqueta: pese a que el título de la película hace referencia directa a ella, sus apariciones son escasas. Su historia sirve para poner en contexto temporal e histórico a la trama, más centrada en la crítica hacia la impunidad de los poderosos que en tratar de hacer una aproximación a su persona. Esto hace que el personaje sea algo plano desde el principio; queda como una pobre mujer víctima de sus circunstancias sin dejar que hable por sí misma y el espectador llegue a una conclusión al respecto.

La mayoría (salvo algunas excepciones como el protagonista y, paradójicamente, Enriqueta) de los personajes de La vampira de Barcelona parece que se mueven por el único motor del beneficio propio. Aun así, las actuaciones, abordadas desde el exceso, se entienden como parte de la atmósfera buscada: mezcla de noir con la estética teatral, probablemente influenciada por el pasado de Danés como director de teatro.

Este ambiente hace que se creen lugares atemporales, donde el juego narrativo permite la existencia de espacios imposibles, pero que lejos de causar extrañeza quedan orgánicamente integrados en el relato. O, más bien, potencian la sensación de desasosiego que busca la película, haciendo que esta decisión estética sea su gran punto a favor.

El uso del color es también reseñable. El filme es en blanco y negro, exceptuando varios momentos donde únicamente aparece el rojo como claro dominador -habría que sumar las escenas del burdel, que son en color, pero donde también predomina este tono-. Es evidente que Danés busca darle importancia a este color, usándolo como premonición de que algo malo va a pasar o, en el caso del burdel -en una clara referencia a David Lynch-, de que algo malo ya está pasando. Una marca que indica la inminente tragedia.

La mezcla de factores estéticos que la componen, como el uso del color o la creación de no-lugares a través del mecanismo teatral hacen que La vampira de Barcelona sea una apuesta arriesgada que resulta interesante. Pero, aunque La vampira de Barcelona sea una película que se sustenta en su estética, su guion expuesto siempre desde el punto de vista del protagonista no acaba de funcionar, perdiéndose entre la propia historia de Sebastiá y la de Enriqueta.